

---

## Antropología de lo femenino

**D**esde sus orígenes griegos, pero de modo muy marcado con el triunfo del cristianismo en Roma, la filosofía ha sido más que nada un campo discursivo perfectamente institucional. A la filosofía le ha correspondido la tarea de legitimar con palabras el (des)orden establecido a la fuerza. Siempre ha estado encerrada en las rutinas del mundo académico, cosa de profesores sin chiste ni brillo.

Lo excepcional, lo poco común, es que la filosofía critique al orden establecido. La filosofía crítica siempre ha sido minoritaria dentro de la institución. Pero esa minoría basta para conservar todavía con sentido el carácter libertario del lado salvaje del pensamiento filosófico.

La *teoría* radical de carácter feminista genera actualmente un "des-orden" dentro del archivo institucional de la filosofía.

El hecho de que las mujeres se piensen pone a prueba el sentido del pensar filosófico. De principio esto ha significado tener que reconocer la predominancia de los varones dentro de la producción

filosófica institucional, y, por tanto, el fuerte carácter machista de prácticamente toda la filosofía escrita. Sin embargo, desde el momento en que la filosofía incluye dentro de su campo discursivo el pensamiento libre de las mujeres, demuestra (una vez más) su innegable capacidad para corregir sus propios errores y superar sus limitaciones históricas.

Ahora la filosofía feminista vuelve de nuevo deseable el ejercicio del pensamiento crítico radical. La necesidad sustancial de hacer que se incremente la justicia en las relaciones sociales concretas. Para ello resulta importante reconocer el hecho material concreto de que la situación actual de las mujeres no es equivalente a la de los varones. Éstos, por medio de violentos mecanismos inconscientes, gozan de una situación simbólica, imaginaria y real más ventajosa dentro del mundo cotidiano.

El orden contemporáneo de las necesidades considera conveniente sacrificar el deseo de las mujeres a favor del de los varones. Por medio de un artificio (el phalo) se niega la sustancia femenina y todo se piensa masculino a la fuerza. Vivimos en una sociedad que invierte la mayor parte de su libido en favor de un fantasma brutal, de un burdo capricho egoísta: el phalo, la plusvalía. Cosa que ha

significado el sometimiento (inconsciente) de las mujeres a la ley del padre, su explotación triple y su instrumentalización para la reproducción generalizada de la servidumbre voluntaria. El psicoanálisis, por supuesto, todo esto lo ha hecho cada vez más y más evidente; y también cada vez lucra más con ello en las repeticiones del diván.

La filosofía radical, el pensar que piensa el sentido (en y para sí) de pensar, necesita ser, para ser justa, de características feministas. El feminismo, según deja ver *El orden femenino (Origen de un simulacro cultural)* de José Lorite Mena, transforma la acción filosófica, la hace desbordar sus límites y pensar un orden social más justo.

Al iluminar el carácter fetiche de la diferencia sexual, la *teoría* feminista propone un cambio de conciencia. Lorite Mena ayuda a entender por qué no existen diferencias "naturales" entre los varones y las mujeres. Una cosa es la diferencia real de los cuerpos y otra la diferencia simbólica de las mentes; sin embargo, la diferencia de mentes favorece de modo injusto a un tipo de cuerpos: los masculinos.

No hay fundamento material para la situación ventajosa de los varones. La(s) diferencia(s) emergen más de un olvido que de un

hallazgo, y para nada de las hormonas. El hecho de que las mujeres deban encargarse del cuidado de los hijos, por ejemplo, no está determinado por ningún instinto. Es una imposición social en favor del varón.

*El orden femenino* sostiene que tanto el tabú del incesto como el dispositivo del parentesco giran alrededor de la "plusvalía" psico-social que produce la mujer como bien de uso, es decir, convertida en cosa para la reproducción de la sociedad varonil. Así resulta que la familia es un mecanismo de dominación y no una necesidad social o natural. La familia (y en especial la función maternal) tiene por objeto someter a las mujeres al (des)orden de los varones. La prohibición del incesto entre madre e hijo es un producto civilizatorio; por eso es una acción sexista de los varones adultos contra las mujeres y contra los varones jóvenes. Todo funciona perfectamente a favor de la supremacía masculina.

Aquí se me ocurre que resulta conveniente hacer más evidente la distinción entre "civilización" y "cultura". Se puede decir que la primera corresponde al conjunto de actos mediante los cuales es impuesta, se ejerce y reproduce la dominación fallogocéntrica; remite a la noción de ciudad, es decir, de murallas, de guerra, de distinción

entre lo propio y lo ajeno. Mientras que la cultura refiere al conjunto de actos mediante los que se construye la socialidad libre; refiere al campo, a la relación directa con la tierra, lo colectivo, lo no-violento. Y hay pruebas históricas de que la agricultura es un invento de las mujeres y de que las ciudades son un invento de los varones para encerrar a las mujeres. Entonces: machismo es civilización y feminismo es cultura.

Por otro lado, la diferencia entre varones y mujeres tiene también mucho que ver con la diferencia (fetichismo) entre la mercancía y la moneda. De hecho, el concepto de *phalo*, fundamental para la producción de sujetos mujer y varón, tiene una estructura isomorfa a la de la moneda como forma equivalente general. Phalo y moneda son por completo simbólicos, no tienen fundamento real (recuérdese, el phalo no es el pene, sino el miedo a perderlo, y la moneda no es la riqueza, sino su representación abstracta). De ahí no resulta difícil entender cómo a las mujeres se les da funciones de mercancía, o sea, de objeto de intercambio, de cosas circulando dentro de un mundo de y para los varones.

Las mujeres son el primer objeto de posesión privada, la dominación ejercida sobre sus cuerpos-mercancía es el origen mismo de

la avaricia y la usura, una de las primeras marcas del egoísmo generalizado. Liberar a las mujeres, por lo tanto, significa tener que liberarnos necesariamente del orden simbólico del capitalismo. Aunque ahora todo llame a la normalización y a la sacralización de las buenas conciencias, el feminismo radical tiene que ser comunista.

Muchas otras ideas brotan de la lectura de este libro. Lorite Mena ha producido un escrito muy sustancioso. Amerita lecturas atentas, discusiones, críticas. Cumple con las tareas de lo radical: interroga y perturba, subvierte todo lo que concierne a las jerarquías falocéntricas. Realiza lo señalado por Jacques Derrida a Cristina de Peretti (*debate feminista 2*, p. 285): la de(s)construcción del falogocentrismo está representada, en cierto sentido, más a menudo por los varones que por las mujeres. Y ello no se debe a que el varón sea, otra vez, un ser superior, sino al hecho de que la emancipación femenina significa la transformación práctica (ilustrada y con sentido del humor) de la conciencia masculina. Una de las grandes diferencias del feminismo radical consiste en hacer tomar conciencia, o sea, en transformar al contrario en compañero, en curar al varón de la herida narcisista varonil... ¿Cómo?

A través de la producción de *teoría* feminista.

**Salvador Mendiola**

José Lorite Mena, *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural*, Barcelona 1987, Anthropos, 279 pp.